

UN OMAÑÉS EN ASTORGA

PERALVILLO DE OMAÑA

No se sorprendan los lectores astorganos de encontrar estas líneas dedicadas a su vetusta ciudad, pues es mucho lo que sobre ella han dejado plasmado con letras de oro numerosos autores. Déjenos solamente mostrarles, con nuestra modesta pluma, cómo han sido apreciados y recordados desde una cercana tierra, Omaña, la "Umania" que desde tiempos de los romanos caminase por la historia tan hermanada a la "Augusta Asturica".

Y permítannos presentar al protagonista de esta historia, a Peralvillo de Omaña. Este personaje, de mucho de ficción, y también de realidad, es el título de la "novela picaresca" escrita en 1919 en Boston, por el omañés Rubyn de la Calzada, seudónimo del P. David Rubio de la Calzada. El autor, echando de menos a sus gentes del Valle Gordo, a los vecinos de los Ayuntamientos de Múrias de Paredes, de Villablino, Ponferrada y Astorga, a todos ellos les dedicaba la obra. Este agustino fue destinado a Perú en 1909, y según él nos cuenta, la casualidad le hizo encontrar en uno de los anaqueles de la Biblioteca Nacional de Lima, entre polvo y polillas, unas preciosas e interesantes Memorias, no las de un héroe o valiente soldado, sino solamente las de un humilde y pícaro hijo de labriegos destinado a la profesión religiosa.

Este rapaz había nacido en una pequeña aldea a finales del pasado siglo, que muy bien podría ser cualquiera de las enclavadas en el Valle Gordo, encantador y fértil valle, por donde culebrea el Orbigo con nombre de Omaña, "pintoresco y deleitoso", donde los ojos gozan "de prados amenos y suaves colinas cubiertas de romero, retama, mirtos y cantuesos, y de altísimas montañas, que se alzan y se elevan majestuosas, hasta besar el cendal flotante de las nubes, como si con su titánico esfuerzo quisieran indicarnos el vehemente deseo que tienen de escaparse de este bajo mundo".

En aquella callada y hermosa aldea nació y vivió su tierna infancia, conociendo los primeros amores de la vida, allí fueron quedando la Pascuala con sus "cataratas poéticas en los ojos", su iglesia pintada de blanco, sus cinco años en la escuela que cuando llovía "el agua entraba como Pedro por su casa", quedó el maestro Don Horoncio que era capaz de "extraer la raíz cúbica con una mano y con la otra mantener la disciplina", y también su plaza donde se reúne la vecera de borregos, sus "sarampones de ternura"...; en definitiva, allí quedó el agua del Paraíso que discurre entre los aledaños del recuerdo.

Terminada su etapa escolar, su padre le envía, muy a su pesar, a la preceptoría, a los sufridos estudios de latín, y sufridos porque si no entran bien, con sangre deben

entrar más fácilmente, con la ayuda del bergajo del dómine "Pánfilo". Y tras escapadas al Bierzo del calvario preceptor, su padre toma la decisión de mandarle al Seminario de Astorga "para que algún día, con la ayuda de Dios, te vea montado en un púlpito predicando la palabra del Señor. Esto, amén de que nos llenará de satisfacción a tu madre y a mí, y te hará sentar esa

Liada la maleta, me despedí de mi madre, que lloraba a mares, como si me fuese al otro mundo. Mi padre me acompañó hasta la salida del pueblo, aconsejándome, por centésima vez, que estudiase con todo ahínco y afán, poniéndome ante los ojos los enormes sacrificios que le costaba el hacerme hombre; y, abrazándome, entre emocionado y severo, se volvió a casa, y yo continué mi marcha camino de Brañuelas, acompañado de otro estudiante que había de llevarme a Astorga.

Aquel viaje tenía para mí un encanto indescriptible. Joven como era, y acostumbrado solamente a ver pequeñas y sucias aldeas, mi imaginación se exaltó y llenó de romances y aventuras que seguramente habían de realizarse en aquel futuro campo de vagabundería.

[...]

Y llegué a Astorga sin mayor novedad. Ya en ella, atrajeron mi infantil atención, sobre todo, las hermosas y antiquísimas iglesias, especialmente la Catedral, que se me figuró el monumento más grande y artístico que la mano del hombre puede levantar a Dios, para memoria eterna de la fe de un pueblo y de la grandeza del sabio ordenador de todo el Universo.



Rubyn de la Calzada, del P. Campello, cortesía de J.M. Hidalgo.

cabeza de cholondrín que Dios te ha dado".

Dejamos en este punto la introducción y damos la palabra al protagonista quien nos cuenta su partida de Omaña y llegada a la ciudad de Astorga:

"Hechos los preparativos, me dispuse a emprender el viaje a la ciudad de Astorga, capital de la Maragatería, para entregarme de lleno a los estudios eclesiásticos, y ver no sólo de hacerme cura, sino también de sentar los cascos y formalizar mi vida andariega, como tantas veces mi buen padre me había aconsejado.

Allí, frente a mi vista, se alzaban sus torres altísimas, mudos testigos de invasiones extranjeras y revoluciones internas, de caídas y levantamientos de caciques, - desde Calomarde a Romanones, Merino y García Prieto; todo lo cual había yo leído en un compendio de historia de España.

Probablemente hubiera continuado abismado en mis reflexiones por espacio de dos horas si no hubieran atraído mi atención en aquel momento una hilera de reverendos señores, bien cuidados y relucientes, arrastrando flamantes capas negras con embozos azules.



"Peralvillo de Omaña", de la portada de la novela.

- Estos son los canónigos - me dijo mi compoblanco -; ahora se encaminan al coro a rezar horas.

Entramos allá, y al poco rato comenzaron a mascullar latín a medio tono. Pero mi desencanto fue grande. Aquellas voces secas, cascadas y ásperas me produjeron el mismo efecto que si se volcasen sacos de nueces sobre las baldosas del pavimento; algunos tíos de mi pueblo cantaban mucho mejor.

Después fuimos a la plaza Mayor, donde está la riquísima tienda del «Valenciano» y la Casa Consistorial, en cuya fachada se destaca el famoso reloj de campana que da las horas mediante los martillazos que descargaban sobre ella los maragatos en estatua, que a mí me parecían vivitos y coleando como peces en redoma.

¿Y los jardines junto a la vieja y altísima muralla? ¿Podré yo descubrir el encanto y asombro que me produjo aquella admirable obra de la mano del hombre? Cansado estaba de ver las flores silvestres que en primavera esmaltan los campos de esmeralda de mi aldea; pero allí, con los recursos del arte, crecían en tupidas matas y elegantes montañitas las dalias, los jazmines, las lilas, las rosas, madreselvas y pensamientos, que embalsamaban el ambiente con suavísimos aromas. Y cercando toda aquella maravillosa obra, los pinos, los acebos, las encinas enanas que semejabán frondoso bosque, propicio a la meditación y a la soledad y recogimiento espiritual.

Cuántas veces, algún tiempo más tarde, recorrí aquellas deliciosas sendas pensando y revolviendo en mi mente los in-

trincados problemas de la lógica, que me torturaban el pensamiento, y que el profesor jamás pudo resolver.

Porque no hay duda que, a pesar de mi exterior alegre y risueño, siempre se ha albergado en el fondo de mi alma el espíritu de la curiosidad y de la reflexión, preocupándome sobremedura el misterio de la Naturaleza y de la vida.

La más pequeña e insignificante cosa del mundo excita mi admiración: el gusanito que nace de la tierra, los delicados pétalos de la dalia, el ave que cantando sube hasta perderse en el cristal azul del firmamento, la vaporosa gasa de

la blanca nube, la tranquila limpidez de la laguna bordeada de juncos tembladores, el dulcísimo murmullo del viento en las hojas de los árboles y el manso y dulce correr del arroyito. *Omnia admirari, es mi lema. Y aún hoy, que estoy doblando la mitad del sendero de la vida, conservo la admiración de un inocente y el amor de un niño. Por eso sin duda, los amarguísimos tragos de hiel y vinagre que he tenido que apurar en esta tierra de peregrinación, no han podido engendrar en mi alma el pesimismo.*

El día siguiente era domingo, y por la tarde hubo títeres en la plaza Mayor. Yo, a causa de mi pequeña estatura, me encaramé, como Zaqueo, para verlos mejor, a un farol del alumbrado público, cosa que llamó la atención de un guindilla, el cual, sin decir oste ni moste, me arreó un par de verdascasos en las piernas que me hicieron ver estrellitas encarnadas. Al oscurecer tuvimos procesión en honor de no sé qué santo. La banda municipal, que oía por primera vez, me gustó tanto que determiné resueltamente estudiar música en mis ratos de ocio para poder algún día lucir mi personilla por las calles tocando el flautín, o por lo menos los platillos.

Llenóme también de terror el silbido y reventazón de los cohetes, que al principio creí era algo así como una asonada de los republicanos, los cuales, según había leído en los papeles, solían aguar las fiestas religiosas a garrotazo y tiro limpio; pero me calmó mi compoblanco asegurándome que todo aquello no era más que pólvora y ruido sin trágicas consecuencias.

Al día siguiente fuimos a visitar el Seminario, hermoso y elegante edificio junto a la antigua muralla, con capacidad sufi-

ciente para quinientos o más estudiantes, que en el plantel bebían las cristalinas aguas de la sabiduría; varios de los cuales muy pronto llegarían a manejar el hisopo y a meter la nariz en el cáliz.

Después de recorrerlo todo y examinarlo todo, vimos un rótulo sobre una puerta, que decía: «Rectoría».

[...]

Y dejamos aquí el relato de Rubyn de la Calzada, aconsejando la lectura completa de su obra, pues por delante quedan amores de Rosarito clavados en la memoria, traiciones, músicas, personajes astorganos como el Coronel García o el flautista Manuel Cuervo Perandones, y otras muchas sorpresas y aventuras, poemas y filosofías, escritas con gran emoción y una sensibilidad extraordinaria.

Terminemos aportando algunos datos más sobre el autor, ya que, dado el carácter autobiográfico de algunos aspectos de la novela, pueden servirnos para situarla en el tiempo. El P. David Rubio nació en Posada de Omaña en 1883, estudió en la Preceptoría de Vegarrienza-Cirujales el primer curso de latín en el curso académico de 1896 97 obteniendo la calificación de meritísimus. A los quince años ingresa en el Real Colegio Seminario de Valladolid donde es profesado como agustino el 4 de Octubre de 1900. Es ordenado sacerdote el 25 de julio de 1907. Al año siguiente es destinado a Perú, donde comienza su aventura americana y su añoranza española, entre cuyos frutos destaca la novela picaresca "Peralvillo de Omaña", que es "Letra de Oro" para la cultura de Omaña, y para todo aquel que se sepa dejar admirare en la misma.

[Este artículo ha sido recogido en Internet en las páginas de:

"<http://www.arbitinformatica.com/peralvillo.htm>"]

* Peralvillo de Omaña

!Qué le hemos de hacer! Dios sea alabado de todas maneras, que me ha dado a gustar el cáliz de la amargura de la vida, mezclando de vez en cuando gotitas de miel, caramelitos, almendras garapiñadas, bizcochitos y mantecadas tiernas de Astorga.